

The background of the entire cover is a dark, atmospheric photograph. It depicts a person from the waist up, wearing a light-colored raincoat, standing in a body of water or a swamp. The water is a murky, greenish-brown color, reflecting the surrounding environment. In the foreground and background, there are various elements of nature: reeds, thin branches, and some fallen leaves. The lighting is low, creating a somber and mysterious mood. The text is overlaid on this image in a clean, white font.

THE TEMPEST

William Shakespeare

versión libre de

Marino González Montero

de la luna libros

LIBRETO DE TEATRO

PROYECTO LIFE 11 INF/ES/000683 (INFONATUR 2000)

ACCIÓN C.5: TEATRO Y RED NATURA 2000

NÚMERO EXPEDIENTE: *1351SE3PC958*

de la luna libros



GOBIERNO DE EXTREMADURA

Consejería de Agricultura,
Desarrollo Rural, Medio Ambiente y Energía

THE TEMPEST

William Shakespeare

versión libre de
Marino González Montero

de la luna libros



GOBIERNO DE EXTREMADURA

Consejería de Agricultura,
Desarrollo Rural, Medio Ambiente y Energía

LIBRETO DE TEATRO

PROYECTO LIFE 11 INF/ES/000683 (INFONATUR 2000)

ACCIÓN C.5: TEATRO Y RED NATURA 2000

NÚMERO EXPEDIENTE: *1351SE3PC958*

1ª edición: mayo de 2014
© DE LA LUNA LIBROS
© MARINO GONZÁLEZ MONTERO
© Portada: PEDRO GATO

Diseño Gráfico: Marino González Montero

Impreso en España / Printed in Spain
C/ San Juan Bautista, 5
Teléf. y Fax: 924 31 60 00
Móvil: 659 00 37 94
www.editorial-delalunalibros.com
E-mail: marino@delalunalibros.com
06800 MÉRIDA

Fotocomposición e Impresión: GRÁFICAS REJAS, S.L.
Avenida Sta. Teresa Jornet, s/n. Mérida

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

TEXTO INSTITUCIONAL

A mi padre, in memoriam.

DRAMATIS PERSONAE

ALONSO, rey de Nápoles.

SEBASTIÁN, su hermano.

PRÓSPERO, el legítimo Duque de Milán.

ANTONIO, su hermano, usurpador del ducado de Milán.

FERNANDO, hijo del rey de Nápoles.

MIRANDA, hija de Próspero.

GONZALO, viejo y honrado consejero.

TRÍNCULO, bufón.

ESTEBAN, dispensero borracho.

CALIBÁN, esclavo salvaje y deforme.

ARIEL, espíritu del aire.

Un COREGO.

La escena: una isla desconocida.

PREFACIO

Sale el Corego precedido de una música mezclada con ruido de truenos.

COREGO: Queridos espectadores: hemos tenido noticia por esos caminos de Dios de que en esta villa se aprecia con ahínco el arte de Talía. Y de que tratáis con esmero a los actores y a las actrices, atendiendo a la máxima de que, de siempre, han sido *el compendio y breve crónica de los tiempos*. Dicho esto, huelga decir que la compañía os pide vuestra atención, pues, a lo que se ve, la gente que gusta y cuida de su teatro, es gente dotada de fina discreción y más larga inteligencia.

Pero, vayamos al caso. La comedia que vais a ver hoy aquí, en origen, brota de una de las mentes más prodigiosas que jamás haya dado la literatura: William Shakespeare. Sin embargo, no serán sus palabras las que retumbarán entre estas paredes, aunque sí la poesía, la esencia, la música y el armazón que ideara el genio de Stratford.

¿El argumento? Sólo puedo contaros que la acción transcurre en una isla desconocida y en un barco que se acerca a sus costas y sufre la embestida de una terrible tempestad. Y que las fechas en que se desarrolla no aparecen en ningún calendario. De escasa importancia son esos pormenores si damos por cierto aquello de que *los humanos estamos hechos de la misma sustancia con la que se trenzan los sueños*. Pues sueño diréis que ha sido lo que habéis visto y oído cuando salgáis por esas puertas. Sin embargo, aunque sobre este escenario se darán cita tanto personajes de carne y hueso como imaginarios, es nuestro deseo que lo que venimos a contaros trascienda más allá y os ocupe el pensamiento en tiempo de vigilia.

Sólo os diré que cuanto aquí ocurra debe entenderse como metáfora; como una gran alegoría intemporal. Así, os daréis de bruces con una historia de amor; pues no hay obra que se precie de serlo que no dé pábulo a las inclinaciones de Eros; que, desde antiguo, hemos venido en decir que mueven el mundo. Tiene esta pieza también lo que podríamos llamar su tinte trágico. No podría ser de otro modo. Hablar de un príncipe destronado y su posterior destierro a manos de su propio hermano, de magia negra, de las envidias de la corte, de *coup d'État*, de tentativas de magnicidio, rencillas y odios irreconciliables es hablar de la cotidianidad

de los hombres. Desafortunadamente, todas estas bajezas nos son tan familiares y nos resultan tan vecinas como lo son las pulgas para el ganado.

Pero es, sobre todo, una alegoría sobre los empeños de algunos hombres en la defensa de la Naturaleza en general y de los espacios -aquí isla ignota- protegidos en particular. Sería nuestro deseo que la savia que obtuvieseis de nuestro trabajo no fuera otra que aquella que proclama que no se puede ir contra Natura. 2000 veces dos mil os hablaríamos de los beneficios que la Tierra nos procura. Y así deberíamos transmitírselo a nuestros sufridos infantes; a saber: el orgullo de un pueblo por estar en posesión de los valores naturales que como humanos se nos suponen, por ser parte componente y activa, como eslabón de la cadena donde al hombre no le queda otra postura que la de la responsabilidad por el tesoro que nos ha sido legado.

En vuestras manos encomendamos nuestra propuesta. Por todo lo que os he dicho y porque el aplauso será al final de los actores el alimento.

Sólo me queda pedir os perdón por nuestros errores y desearos el disfrute de la comedia. Adiós y que así sea.

ACTO I

PRIMAVERA

FERNANDO, MIRANDA, ARIEL, PRÓSPERO

Está Miranda en escena, junto a la cabaña de su padre, pensativa, canturreando una canción. Entra Fernando. Se queda un instante escuchándola como embobado.

FERNANDO: *(Zalamero.)* Me acerqué hasta aquí siguiendo al jilguero, pensando que los trinos venían del bosque.

MIRANDA: *(Se gira hacia él, azorada.)* Poco sabes tú de cantos de pájaro entonces.

FERNANDO: Sé mucho más de lo que imaginas. Que mucha maña me daba de chico para perseguir al zorzal y al estornino; o para criar al verderón y al colorín, aunque estuvieran volandones. ¿Cómo te llamas, criatura?

MIRANDA: *(A la defensiva.)* Te repito que poco sabes de cantos de pájaro. Por mucho que al azor quieras parecerte por tus modos. ¿Cómo te atreves a venir aquí así y preguntar por mi nombre? *(Hace como que se va, pero se queda ante las palabras de Fernando.)*

FERNANDO: Detén el vuelo, lavandera. Que no traigo ánimo de lance. *(Reverencia.)* Fernando es el nombre del hombre que a tus pies se pone.

MIRANDA: Ni te conozco ni tengo gana alguna de conocerte. *(Ante el desconcierto de Fernando, suaviza el tono.)* Pero, dime, ¿de dónde sales? Hace años que nadie se asoma por esta isla.

FERNANDO: La tempestad me trajo hasta aquí. Ni sé siquiera cómo me he salvado. *(Triste.)* Todo se ha perdido: naves, aparejos y tripulación. Y lo que más siento: mi propio padre estaba entre los hombres devorados por las olas. No sé que ha sido de él.

MIRANDA: *(Intentando consolarle.)* A lo mejor se ha salvado. No te hundas tú también antes de tiempo.

FERNANDO: *(Con una media sonrisa de complicidad.)* Se nos enseña desde niños el trato cercano con la muerte. Pero no creía yo que iba a pasear tan de la mano y tan pronto con esa señora. Mi padre, mi tío Sebastián, mi bien amado Gonzalo... Qué felices veníamos todos de Túnez de asistir a las nupcias de mi hermana Claribel. Cuán cruel se presenta Fortuna con sus hijos más queridos.

MIRANDA: *(Que se ha ido ablandando con el relato de Fernando.)* No hables con desprecio de Fortuna. Nunca se sabe si lo que creímos tragedia en nosotros mismos no era más que simple enojo en sus manos. *(Se va acercando a Fernando.)* Mi padre me enseñó que la diosa siempre guarda en la manga los naipes del infortunio. Que lo que pensamos desgracia tornarse puede, de súbito, en algo mucho peor de lo que habíamos imaginado.

FERNANDO: *(Cogiéndola por las manos.)* Dices bien, hermosa criatura. Aunque mucho me temo que la soledad será en adelante mi única compañía. Yo iba a ser rey. Esa, pensaba yo, sería mi más alta cumbre. Y ahora que lo soy sin remedio, me arrepiento de las vanidades que alimenté. De nada me sirven coronas sin súbditos, sin Nápoles, sin padre ni amigos. Abandonado en esta isla desconocida del mundo.

MIRANDA: *(Cariñosa.)* Aquí no estarás solo. Sola yo, que no conozco otros seres que mi padre y ese engendro que responde por Calibán, que no sé a ciencia cierta si puede entrar en la categoría de los seres dotados de humanidad. Hasta hoy no podía decir que conocía la cara que tienen los hombres. Y a fe que al verte he creído que así es como había imaginado la faz de los ángeles. Tan acertado pues estuvo mi padre al narrarme la naturaleza de las cosas.

FERNANDO: *(Muy cerca de ella.)* Me sonrojan tus palabras. ¿Me dirás, al fin, tu nombre? ¿O debo empezar a creer que formas parte de todo este encantamiento?

MIRANDA: Te lo diré. Y, al hacerlo, ya estaré traicionando a mi padre. Miranda me llamo.

Se produce un largo silencio entre los dos. Suena la música de una flauta dulce.

FERNANDO: Ya puedo morir en paz. Ya no sufro temores por la muerte, siempre al acecho. Prendado quedo de por vida, preso, cautivo, encadenado en la celda de tus ojos.

MIRANDA: *(Muy feliz, pero irónica.)* Hablas mejor que mejor. *(Apartándose.)* Se ve que en Nápoles se practica asiduamente la cetrería. No te burles de esta avecilla a la que todavía se le ven los cañones.

FERNANDO: Espanta tus temores, ruiseñor. Que no vine aquí con plumas de halcón. Nada tengo. Nada soy, sino lo que tú deseas que sea. De mi vida anterior sólo poseo estos ropajes, que, ha de ser cosa de magia, secos y limpios aparecen. Y todo ello a pesar de haberme batido en duelo durante horas con las olas y la arena. No entiendo las cosas que pasan en esta isla. La tempestad, las olas, la deriva, el andar errante por estas playas, encontrarte... tú misma. Me aterra pensar ahora en el momento de despertar.

MIRANDA: También yo creo estar soñando.

Silencio otra vez. Se miran fijamente. Miranda cambia de tono y se aparta un poco.

MIRANDA: Decías hace un momento que eras rey.

FERNANDO: Desgracia plena la de aquellos que, como yo, han de ver morir a su padre para cargar con el peso de la corona.

MIRANDA: Y dime, ¿dónde está tu reino? Háblame de tu tierra. A mí ya no me queda más que el relato que con las palabras de mi padre y mi imaginación se ha ido macerando en las ánforas de la memoria.

FERNANDO: Curioso es esto de contar, que las dos caras de la moneda se muestran si he de contar yo lo que siento sobre el lugar que me vio nacer. De un lado, te diría que uno ama su tierra de natural, acaso porque no conoce otra cosa; pero que, con el paso del tiempo, también llega a odiarla por cómo se comportan los que allí habitan: medrosos los más por ansias de poder y riquezas. De otro, que en el momento mismo de alejarse de ella ya se la echa de menos. Así entran en disputa los sentimientos. Y a mi parecer, larga se presenta la batalla.

MIRANDA: Jamás he sentido así, pues no conozco más allá de estos atardeceres.

FERNANDO: Quizás sea más un lamento propio de mi condición.

MIRANDA: ¿La condición de un rey?

FERNANDO: No esa, sino la de sentirme siempre como perdido, extraviado de la senda a seguir, extranjero de mí mismo.

MIRANDA: *(Alejándose apenada.)* Me entristecen enormemente tus palabras. Te marcharás muy pronto. Ahora lo sé.

FERNANDO: *(Acercándose a ella cariñoso.)* Nada más alejado de mi propósito. Este es ahora mi sitio. Aquí plantaré mi reino. Edificaré con muros de piedra el castillo de mi determinación. Tú serás mi pueblo y me tocaré con la corona de tus manos.

MIRANDA: Pero decías que echabas de menos tu tierra. Y poca riqueza encontrarás por estos pagos.

FERNANDO: Nada soy. Nada necesito. Aquí lo tengo todo. Adán y Eva de este Paraíso. *(Muy cariñoso.)* Trabajaré la tierra con mis manos y traeré leña a diario para alimentar nuestro fuego.

MIRANDA: Si la mentira no disfraza tus palabras, sea pues como dices. He aquí la más entregada de tus súbditos.

Se besan. Se sientan. Mientras se miran en silencio, entra Ariel. Los enamorados no pueden oírle ni verle.

ARIEL: Bonita escena esta. Se diría que les ha dado un aire de Ariel. ¡Qué afán este de los humanos de besuquearse a la mínima ocasión! A los dioses no nos es concedido el poder del sentimiento. Es por eso que tampoco puede llamarse envidia a este resquemor que sentimos hacia los mortales. *(Malicioso.)* Pero, veamos qué opina su padre Próspero, mi dueño, sobre todo esto. *(A voces.)* ¡Próspero! ¡Próspero! ¡Mi señor!

Entra Próspero.

PRÓSPERO: Pero, ¿qué voces son esas? ¿Qué aire te ha dado, Ariel del demonio?

ARIEL: Mira, amo mío. Mira el resultado de tus desvelos.

PRÓSPERO: Anda, ¡cállate!

ARIEL: Ahí tienes delante el fruto de tu educación, de toda tu magia. Tantos años al cuidado de doncella para...

PRÓSPERO: ¿Te callarás de una vez? ¿O prefieres que te devuelva al tronco de pino donde te encerró la bruja Sycorax?

ARIEL: Ya me callo, mi dueño. Nunca olvido mi promesa de servicio a tu persona. *(Sumiso.)* Haz de mí tu sensata voluntad.

PRÓSPERO: Miranda es una niña. No conoce varón a excepción de mí mismo y de Calibán, a quien tuve que castigar duramente por pretender abusar de ella.

ARIEL: *(Señalando malicioso a la pareja, que sigue abrazada.)* Yo no soy precisamente un adalid del decoro, pero yo creo que esto...

PRÓSPERO: ¡Esto... nada! No digas más majaderías. Son jóvenes, es primavera... En los campos y en sus corazones. Yo sabía que esto, tarde o temprano, iba a ocurrir. Mucho me esmeré en enseñar a mi hija, en protegerla de las voluntades mudables de los hombres. Pero siempre tuve por cierto que el destino de varones y mujeres no es otro que buscarse y encontrarse al fin. Así está en los escritos desde hace siglos.

ARIEL: Pero entonces... La tempestad... Cuando me ordenaste que salvara a este de la bravura de las olas... que preservara sus ropas limpias... No comprendo nada.

PRÓSPERO: Difíciles de andar son las veredas de la venganza. Así lo ideé desde hace años en la oscuridad de mi caverna, en la soledad que me proporcionaban mis libros y mi magia. Eres espíritu adolescente, ingenuo Ariel. A ti no te es dado el favor de comprender a los hombres. Anda, haz que puedan oírnos. Acércate con tu soplo y que crean que ha sido el viento el que les ha despertado.

Ariel sopla con fuerza sobre sus cabezas. Despiertan entre extrañados y azorados.

MIRANDA: ¡Padre!

PRÓSPERO: *(Como enojado.)* Miranda.

MIRANDA: Estarás enojado con tu hija.

PRÓSPERO: Motivos me está dando. ¿Quién es ese que tan cerca de ti se sienta?

MIRANDA: *(Con miedo, intentando convencer a su padre.)* Fernando se llama. Ha perdido a su padre y ahora es el rey de Nápoles.

Fernando se levanta y hace una reverencia que Próspero repudia mirando displicente hacia otro lado.

PRÓSPERO: Vasto reino me parece a mí para tan basta criatura.

FERNANDO: *(Sin afectarle el desprecio, vuelve a la reverencia.)* Señor. Dice verdad vuestra adorable hija. No sabría contarle de manera comprensible porque ni yo mismo entiendo lo que ha pasado. Se diría que todo forma parte de un mal sueño.

PRÓSPERO: Un mal sueño que desemboca felizmente en los brazos de mi hija.

MIRANDA: Pero, padre mío... no dudes de la nobleza de su espíritu.

FERNANDO: Si, al menos, me permitierais narrar mi historia...

PRÓSPERO: *(A Miranda.)* Hace mucho que desconfío de la nobleza de espíritu. *(A Fernando.)* Las palabras son sólo la corteza de la Historia. La retórica se creó para estar al servicio de los hombres, para cubrir con pan de oro la podredumbre de sus vilezas. *(Miranda y Fernando quedan cabizbajos. Pausa.)* Tendrás tiempo de sobra para contarme toda tu epopeya ahora mismo. En esta isla, los días duran lo que duran las estaciones. Sólo la indómita naturaleza decide si es tiempo de sueño o de vigilia, de labor o de descanso. *(A Miranda.)* Tú ve a buscar a Calibán y dile que no se demore más en dar fin a mis mandados. Después, vete a dormir. *El sueño te defenderá contra la tristeza.* Luego hablaré contigo en justa hora.

Miranda sale de escena haciendo un ademán como de querer decir algo. El gesto serio de su padre la detiene y se marcha mirando tristemente a Fernando.

FERNANDO: Señor, si me permitís, yo...

PRÓSPERO: *(Interrumpiéndole.)* No te esfuerces. No tienes que contarme nada porque esta historia ha sido escrita de mi puño y letra con la ayuda de mi fiel Ariel. Tres años tenía Miranda cuando arribamos a esta isla y doce he tardado yo en tejer el papiro donde aparecen los pasos que llevarían a buen fin mi empresa.

Ariel se ríe. Fernando lo oye, pero no sabe de dónde procede la risa y se asusta.

FERNANDO: ¿Ahora, os reís de mí, señor?

PRÓSPERO: *(Cambiano el tono imperativo.)* No, noble Fernando. *(Al mismo tiempo que se dirige a Fernando, recrimina a Ariel con la mirada.)* Lo que oyes no es más que producto de tu imaginación. A veces la culpa se viste del color de la risa. Yo sólo te pido que a mi hija...

FERNANDO: Juro ante vos que la respetaré como a la joya más preciada de mi reino.

PRÓSPERO: No jures sobre el agua del mar ni sobre la arena del desierto. Tal es la infinitud y la incógnita del alma humana. Aún eres muy joven y tienes desbocados los apetitos. *Un juramento es heno seco para la llama de la sangre.* Pero ya habrá tiempo de hablar de todo esto. Tengo cosas que hacer. *(Saliendo de escena y haciendo un gesto a Ariel para que salgan juntos.)* Recuerda punto por punto lo que te he dicho.

Larga pausa. Cuando Fernando comprueba que está solo, se dirige al proscenio. A pesar de la advertencia de Próspero, Ariel hace como que se marcha, pero cuando Fernando empieza a hablar, se sentará a escuchar la declamación del soneto. Suena el ruido del viento, que irá fundiéndose con la música. A medida que avance el poema, desaparecerá el viento y prevalecerá la música para el clímax de los tercetos.

FERNANDO:

Abrevie el mar el viento en su cordura
de las naves por mi alma desbocadas.
No haya por mi pecho más aire, flama
que aquel de respirar de amor en fuga.

Codicie el loco Ariel mi boca muda
por no poder nombrarte y nazca llaga
en su aliento de perro sin carnada
envidioso como dios de tu dulzura.

Olvide mi padre reino y dineros
de Nápoles yo prefiero la danza
de tus manos bailando por mis besos.

Olvide tu padre magia y venganzas,
tempestades, furias y quede preso
como mi cuerpo entero en esta brasa.

Y no habrá más pobreza que habite nuestra casa
que siendo uno siempre: tu Fernando y yo Miranda.

Oscuro.

ACTO II

INVIERNO

ALONSO, GONZALO, ANTONIO, SEBASTIÁN, ARIEL

Entran Alonso, Gonzalo, Antonio y Sebastián en escena, como perdidos, mirando, un poco desconfiados, a su alrededor. Alonso, el más abatido de todos ellos, cabizbajo.

ANTONIO: ¡Qué extraño es todo esto!

SEBASTIÁN: Y qué poco se parece a nuestra tierra.

ANTONIO: Hay como un rumor en el aire.

ALONSO: Yo no oigo nada. Todavía traigo los oídos sordos por el rugido de las olas.

GONZALO: Pues yo encuentro placentera esta sensación de poner los pies en suelo firme. Pasé mucho miedo esta mañana durante la batalla con Poseidón. No sé quién quedará al cargo del Infierno si todos los demonios estaban empleados en jugar con nuestras naves.

ANTONIO: Pues os recuerdo que, al principio, os divertían las danzas de las nereidas.

SEBASTIÁN: Y las de las sirenas, y las de las ninfas.

GONZALO: No dije yo tal. Muy al contrario. Advertí a todos que se prepararan para la ira de los abismos.

ALONSO: (*Destrozado.*) Y qué importa el nombre del ladrón frente al dolor por lo robado. Mi hijo... mi amado hijo... devorado por las fauces glaucas de la espuma.

GONZALO: (*A Sebastián y Antonio.*) El rey de los océanos envía a su hijo Glauco para arrebatarse al rey de Nápoles el suyo.

ANTONIO: Desigual batalla parece esa.

ALONSO: No sé por qué el dios del sueño quiere seguir regodeándose en mi amargura. Me sirve a sorbos el nerolí de toronja que para los padres innobles tiene destinado.

SEBASTIÁN: ¿Por qué dices eso, hermano mío?

ALONSO: Porque debe de ser un sueño esta imagen que me martiriza.

GONZALO: ¿Qué imagen, monseñor?

ALONSO: Pues que creo ver a mi hijo Fernando caminando con las ropas secas sobre la cresta de las olas.

SEBASTIÁN: Deja de flagelarte con esos pensamientos. De nada sirve seguir erigiendo los edificios de este Pandemónium.

ANTONIO: Quizás debamos seguir buscando. O quedarnos aquí para siempre y ver cómo nuestros pies se hunden en el suelo. No parece mala tierra ésta para la siembra.

SEBASTIÁN: Quizás sea nuestro sino penar en este lugar a la espera del morir.

GONZALO: Pero no olvidemos que nuestra batalla primera es la de encontrar a Fernando.

ALONSO: *(A Gonzalo.)* Nunca tuve un súbdito dotado de tanta nobleza como tú. Si estuviera de mi mano, ahora mismo te daría la mitad de mi reino. ¡Ay, desdichado aquel que no puede disponer de su fortuna para gastarla en agradecimientos!

GONZALO: Nada quiero, nada tengo, nada necesito. Y, a lo visto, eso me convierte en el hombre más rico del mundo. *(A Sebastián y Antonio.)* Pero sigamos con lo vuestro. Si tuvierais que conquistar esta isla, ¿qué haríais?

ANTONIO: *La sembraría de ortigas.*

SEBASTIÁN: *O de zarzas, o de cizaña.*

GONZALO: A lo que se ve, seguís con la misma política que practicabais en nuestra ciudad.

ANTONIO: Y qué quieres, Gonzalo. Aquí no hay nada.

SEBASTIÁN: Aquí no hay nada. ¿Cómo extraño las comodidades que durante siglos nuestros antepasados se dedicaron a construir?

ANTONIO: Al parecer el anciano Gonzalo está dotado con mayor seso que ninguno de los presentes. Y cree ver el paraíso donde nosotros sólo vemos tierra yerma.

SEBASTIÁN: Y tú ¿qué harías, viejo del demonio?

ALONSO: Todavía os quedan ganas de discutir. *(Se sienta y después se echa sobre una roca.)* Ahí os dejo, en el reino de los vivos.

Alonso, aburrido de tanta charla, se va quedando dormido.

GONZALO: *(Empieza hablando en voz baja para luego ir calentándose.)* Pues yo haría todo lo contrario a lo que se hace en nuestro reino por costumbre. De primeras, destruiría el estado: fuera reyes, nobles y

súbditos. No habría siervos ni esclavos: todos los hombres iguales. Y en esto incluyo a las mujeres. O mejor, ellas serían las que habrían de tomar las decisiones importantes. Abolido el estado, a las mujeres les sería dado el privilegio del mando.

ANTONIO: ¿Cómo podría ser eso como dices?

GONZALO: Puesto que damos por cierto que ellas nos procuran el nacimiento a la vida así como el primer sustento, puesto que los dioses decidieron que de ellas todos fuéramos el fruto y manara la leche, ¿cómo hemos podido los hombres arrebatarnos el derecho que, por natura, sólo a las mujeres corresponde?

SEBASTIÁN: *(Riéndose de él.)* Continúa, continúa, que no nos vendrá mal un poco de risa en este trance.

GONZALO: *(Sin hacerles caso.)* Para acabar con la usura, aboliría el comercio; para la ambición, nada de guerras; para la mentira, adiós a los títulos; para el odio, nunca vasallajes. No habría que trabajar más allá del esfuerzo de llevarse el alimento a la boca.

ANTONIO: *(Que ha dejado de reírse y empieza a enojarse un poco.)* ¿Pero no te das cuenta de que todo lo que dices son sandeces?

GONZALO: *(Crecido ya.)* ¡La tierra! La tierra es principio y fin. De ella venimos y a ella regresamos. La tierra nos regala el estómago y la vista. La naturaleza es patria y reina y a ella le toca gobernarnos.

SEBASTIÁN: Definitivamente la tempestad te ha trastornado la cabeza.

GONZALO: *(Se va encendiendo más en su discurso.)* Natura es realmente quien debería impartir justicia. Sabemos de sus dictados por las estaciones. Nos manda a sus alguaciles cada día en forma de vientos, tempestades y aguaceros. Muestra su ira o su piedad para con nosotros a través del rayo o el día soleado. *(Llegado al zenit de su alocución, se calla un momento, respira hondo y vuelve a hablar.)* ¿Os dais cuenta que todo eso sería posible aquí y ahora en esta tierra virgen e ignota? ¿Podéis imaginar siquiera lo que significaría olvidar todas nuestras costumbres?

(*Soñador.*) Empezar de nuevo, como si nuestros primeros padres nunca hubieran sido expulsados del Paraíso.

ANTONIO: (*Mofándose.*) Y a ti te tocaría en suerte interpretar el papel de Eva, dada tu natural inclinación por las hembras.

SEBASTIÁN: (*Mofándose más aún.*) Pues, si así ha de ser, no me pidáis entonces que yo haga de Adán. (*Obsceno.*) Pedidme, más bien, que haga de serpiente... (*A carcajadas.*) y bien grande, a ser posible.

GONZALO: (*Que no les hace caso y sigue con su discurso.*) Maltratamos la tierra desde tiempo inmemorial como maltratamos a las mujeres. Todavía no hemos aprendido a escuchar sus gemidos de dolor, sus negativas. La golpeamos, la arañamos con nuestros arados, talamos sus árboles a capricho nuestro, quemamos sus bosques para seguir arando. La resecamos o alagamos según nuestra propia conveniencia. Ella, por contra, siempre está dispuesta a cuidarnos. Nos da cobijo, sombra, alimento y belleza. Nos cura las heridas y en todo momento se presta a escucharnos.

ANTONIO: ¿Pero hablas de Natura o de tu propia madre?

GONZALO: La misma cosa son. Y el mismo respeto deberíais mostrarle. (*Cansado, hace una pausa.*) Pero, está visto que no tenéis intención de escucharme. Así que tampoco gastaré yo mis débiles fuerzas en esta empresa imposible. Compartiré el sueño con mi señor. No permitiré por más tiempo ser la diana de vuestras chanzas.

Gonzalo se echa en el suelo junto a Alonso.

SEBASTIÁN: Duerme, viejo loco. (*Entre irónico y vengativo.*) Que más pronto que tarde te verás arropado por tu madre tierra. Y por tu boca entonces sólo avaharás legiones de gusanos. Veremos en ese momento si eres capaz de nombrar tantas beldades.

ANTONIO: (*Después de comprobar que Gonzalo se ha quedado dormido.*) Espero, querido Sebastián, que ninguno de los dos acabemos como este demente, siendo presa de la locura.

SEBASTIÁN: El loco más respetado de todo Nápoles. Nosotros, por contra, nos consideramos discretos. Quién sabe en verdad dónde habita la cordura. Sus palabras, a veces, dan miedo, pues en la diana dan por certeras.

ANTONIO: Olvídate de eso, hermano, no caigas en sus redes. Quien domina las artes de la palabra, domina las artes de la pesca. Quiero contarte algo que te interesará mucho más que la charlatanería de este desdentado.

SEBASTIÁN: Y ¿qué es ello? si puede saberse.

Entra Ariel y se sienta junto a ellos. No pueden verle. Va poniendo caras según van hablando Antonio y Sebastián.

ANTONIO: *(Intrigante. Antes de hablar, mira a ambos lados para comprobar que nadie les escucha.)* Pues que me he puesto a pensar largo tiempo... *(Duda.)* que serías un buen rey.

SEBASTIÁN: *(Sonriéndose.)* ¡Ay! estimado Antonio. Sé que me quieres bien, pero tú también deberías saber que eso pertenece al sueño de lo imposible.

ANTONIO: *(Más intrigante todavía, tanteando a Sebastián.)* Bueno... también sé que dices eso porque sigues pensando en tu sobrino Fernando.

SEBASTIÁN: *(Que empieza a adivinar las intenciones de Antonio.)* Sí, el legítimo heredero al trono de Nápoles.

ANTONIO: Pero muerto Fernando...

SEBASTIÁN: Mi sobrino no está muerto. Y también está su hermana Claribel.

ANTONIO: *(Firme.)* No sabemos si está vivo. Y fue tu hermano el que quiso alejar a tu sobrina y casarla en África. Túnez está tan lejos... Quién sabe si, en verdad, allí llegan noticias nuestras.

SEBASTIÁN: *(Ahora es Sebastián el que tantea a Antonio.)* ¿Estás diciendo... ? Y ¿mi hermano?

ANTONIO: Tu hermano está ahí dormido, soñando con Dios sabe qué. De sobra sabes de lo romo de su corazón para los asuntos de gobierno. Y yo tengo en la mano esta espada bien afilada.

SEBASTIÁN: *(Ya con determinación.)* A veces te temo porque te siento muy vecino a mis ideas. Creí que no ibas a decirlo nunca, Antonio. Yo también soy del mismo pensamiento que tu espada. Si me ayudaras, Nápoles y Milán serían el mismo frente. Y tú el primero de mis duques.

ANTONIO: Llegados a un tiempo al mismo destino, no han lugar mayores dilaciones. Muerte al tirano, pues. *(Se va hacia Alonso.)*

SEBASTIÁN: *(Dudando todavía por un segundo.)* ¡Espera! Pero, ¿y Gonzalo? ¿Y la conciencia?

ANTONIO: Gonzalo es un viejo loco. Tú mismo lo has dicho, no yo. Respecto a lo otro, no sé quién es esa ramera. Jamás tuve tratos con ella. Ni siquiera cuando le arrebaté el trono a mi hermano Próspero. Todos dicen frotarse entre sus sábanas, pero todos callaron y asintieron cuando puse la corona sobre mi frente. Así será también para contigo. *(Enérgico.)* ¡Coge tu espada y encárgate de Gonzalo! Que yo pondré broche bermellón a esta historia sobre el pecho de Alonso.

SEBASTIÁN: ¡Sea!

Ariel se levanta muy rápido y susurra al oído de Gonzalo antes de que se acerquen a él. Gonzalo despierta al tiempo que se oye un trueno ensordecedor.

GONZALO: *(Muy asustado.)* ¿Qué ha sido eso? ¡Ay de mí! ¿Qué ha sido ese estruendo? ¡Socorro al rey! ¿Qué hacéis con las espadas desnudas?

ANTONIO: *(Se queda primero parado y después reacciona.)* No sabemos qué ha pasado. Nosotros también hemos oído cómo rugían los cielos.

SEBASTIÁN: Por eso hemos sacado las espadas, para proteger al rey. Podrían ser... fieras.

ALONSO: *(Despertándose.)* ¿Qué es todo este jaleo? ¿Por qué me despertáis? ¿Qué decís de fieras y rugidos? ¿Oíste algo tú, Gonzalo?

GONZALO: Yo sólo escuché como un soplo en mi oído. Pero si de animales salvajes se trata, desenvainemos todas las espadas y vayamos en busca de Fernando.

ALONSO: Pobre hijo mío. Tras la batalla contra el mar, ahora podría estar viéndoselas con las fauces de alguna alimaña.

ANTONIO: *(Mirando a Sebastián.)* Que los cielos le protejan.

SEBASTIÁN: *(Mirando a Antonio.)* Que los cielos le protejan.

ALONSO: Vamos todos.

Salen todos menos Ariel.

ARIEL: Ahora mismo voy volando a contarle a mi amo todo lo que he visto y oído junto a estas peñas. Estará orgulloso de comprobar lo que ya sabía: que pertenece a la más baja y ruin de las especies.

ACTO III

OTOÑO

CALIBÁN, TRÍNCULO, ESTEBAN

Es de noche. Entra Calibán con una carga de leña.

CALIBÁN: Leña, leña, leña... Siempre cargando leña. Parezco el fogonero del Averno. Y mi amo Próspero el mismísimo Lucifer. No sé para qué quiere tanta leña. Diríase que prepara la pira del Juicio Final. *(Deja el haz de leña en el suelo y continúa hablando casi sin aliento.)* Y qué decir de su melindrosa hija. ¡Qué asco de niña! Continuamente rodeada de libros y de su padre, que no se separa de ella ni un instante. No sé qué encontrarán en esos libros. A mí no me gusta leer. Me gusta holgar todo el tiempo por el campo. *(Feliz.)* A mis cosas... como he hecho siempre. *(Al público.)* Doce, *(Marcando con tres dedos de una mano.)* doce años llevo así. Los he contado bien. Doce años desde que llegaron a esta isla y empezaron a hacerme la vida imposible. Estoy hartos. Cualquiera día arrojo al fuego al padre... y a la hija detrás. Y no, no me hará falta más leña, porque pienso avivar la hoguera con todos sus libros de magia. Ya veremos entonces si es mago suficiente para apagar las llamas de mi infierno. *(Cansado.)* Estoy hartos. Cuando no es él mismo, es alguno de sus servidores el que viene a molestarme y a encargarme más trabajos.

Entra Trínculo.

TRÍNCULO: *(A voces.)* Esteban, Estebita. ¿Dónde te has metido, cuero de vino?

CALIBÁN: Aquí viene otro enviado de Próspero a dar por el saco. Ya no aguantó más. Me esconderé aquí.

Calibán se esconde en un hueco del suelo y se tapa con su manto.

TRÍNCULO: ¿Dónde andará esa tripa sin fondo? *(Descubriendo a Calibán.)* Pero, ¿qué es ese bulto? Es como una mezcla de monstruo y hombre. *(Acercándose y retirándose al momento.)* ¡Buf! Aunque un escuerzo parece por el olor que se gasta. El día que “esto” se bañe se contaminará una charca entera. *(Vuelve sobre Calibán.)* Está caliente, sea lo que sea este montón de carne y escamas. Debe de ser algún lugareño abatido o muerto de miedo por el rayo.

Se oye un trueno ensordecedor y empieza a llover.

TRÍNCULO: ¡Vaya, lo que me faltaba! Como no hemos tenido bastante agua, ahora viene la tormenta a llover sobre mojado. Me resguardaré bajo su manto so pena de llegar al vómito. ¡Qué extraños amigos hace coincidir la caprichosa necesidad!

Se esconde bajo el manto de Calibán. Siguen los truenos y la lluvia. Al momento, entra Esteban cantando una canción de taberna.

ESTEBAN: *(Un poco borracho con un pellejo de vino en la mano.)*

No me toque a la Dolores
que dicen que es muy sentía,
la Lola no quiere novio
ni que la llamen perdía.

Trínculo, Trínculo. ¿Dónde andas, gañán? ¿Dónde se habrá metido este sacamuelas? *(Sigue cantando y buscando.)*

Llévame a donde tú quieras
por el campo o por la mar,
porque a mí me da lo mismo
agua dulce que salá.

¡Trínculoooo! *(Descubre de pronto el bulto donde se esconden Esteban y Calibán. Dándole con el pie.)* Trínculo, ¿estás ahí?

CALIBÁN: *(Sacando un poco la cabeza.)* Déjame en paz.

ESTEBAN: Pero ¿qué es esto?

CALIBÁN: *(Enfadado.)* Esto, esto... Me gusta que me llamen por mi nombre.

ESTEBAN: *(Arrastrando las erres por la cogorza.)* Te rebajé el nombre a pronombre.

CALIBÁN: Otro que viene en nombre de Próspero. Que habla la misma lengua que nadie comprende.

ESTEBAN: *(Esforzándose ahora en la pronunciación... sin conseguirlo.)* Ni sé quién es Próspero, ni se me ocurre otro nombre para ti que no sea el de *bichitrancó*.

CALIBÁN: Calibán me llamo.

ESTEBAN: *(Cantando otra vez en su melopea.)* Ban, Ban, ban... Calibán, ban, ban. *(Calibán, que ya no puede con él, se desespera.)* Anda, no te enfades y toma un trago. *(Le da de beber.)* Yo venía buscando a mi compadre Trínculo.

TRÍNCULO: *(Al oír su nombre, sin sacar la cabeza del manto.)* ¿Quién me llama?

ESTEBAN: ¿Eres tú, Intríngulis querido?

TRÍNCULO: *(Sacando ahora la cabeza por los pies de Calibán.)* Menos guasa, que no está la tarde para jacarandanas.

ESTEBAN: ¡Dios bendito! El monstruo empieza a parir Trinculines. Si no tenía bastante con uno... Que sea una horita corta, Calibán.

TRÍNCULO: *(Sacando el cuerpo entero ya.)* Bueno, basta ya. Creí que no ibas a venir nunca. ¡Cielos, qué olor! *Aquí huele como en el lado izquierdo del Juicio Final.*

CALIBÁN: *(Incorporándose algo molesto.)* Entonces, ¿no venís de parte de Próspero?

ESTEBAN: Ya te he dicho que no. *(Alargando el “no”, aburrido.)* ¿Quién es ese?

CALIBÁN: *(Cogiendo confianza.)* A ver por dónde empiezo. ¿Puedes darme un poco más de esa ambrosía? *(Da un largo trago.)*

TRÍNCULO: No es mal comienzo este, el de darse en cuerpo y alma al espíritu.

CALIBÁN: Próspero es mi señor y el dueño de esta isla. Se la arrebató a mi madre Sycorax y a mí me puso bajo su mando.

ESTEBAN: No sé dónde oí yo mencionar ese nombre.

CALIBÁN: Nadie sabe de dónde vino. *(Al mencionar la palabra, se acuerda que tiene el pellejo entre las manos y vuelve a beber.)*

TRÍNCULO: Este acaba con nuestras reservas, que te lo digo yo. Y yo que te tenía a ti por borracho...

ESTEBAN: Pierde cuidado. Tres toneles enteritos he logrado rescatar de la tormenta. *(Empieza a echar cuentas con los dedos.)* Tres toneles, a diez arrobas y media cada uno... *(Lo deja.)* Bueno, que hay vino suficiente así tuviéramos que quedarnos aquí un año entero.

TRÍNCULO: *(Dándole por imposible.)* A ver, Calibán, continúa con tu relato.

CALIBÁN: Decía que Próspero llegó a esta isla con su hija hace... *(Vuelve a enseñar sólo tres dedos.)* doce años. Ella sólo tenía tres.

ESTEBAN: ¿Entonces tiene una hija?

TRÍNCULO: *(Ya desesperado.)* Pero, ¿te callarás de una vez?

CALIBÁN: *(Bebiendo otra vez, empieza a notar los efectos.)* Y a fe que es la mujer mejor que yo he visto en mi vida. *(Para sí.)* Bueno, aparte de mi madre, es la única que he visto. *(Viendo la cara recriminatoria de Trínculo, decide continuar.)* Ya voy... Decía que Próspero llegó a esta isla y se hizo dueño de todo. Le dio por cultivar la tierra. Esta tierra que nunca dio nada sino maleza.

TRÍNCULO: Y ¿de qué comíais antes de su llegada?

CALIBÁN: Pues íbamos tirando de lo que pillábamos. ¿Que querías pescado? Unos peñascos a las piedras de las gargantas y, en un tris, tenías un montón de peces panza arriba en el charco. ¿Que querías carne? Unos cepos, unos lazos o un poco de brea y, a la mañana siguiente, conseguías jabalí, conejo o zorzal. ¿Que huevos? Andar atentos al suelo y, en poco rato, descascar varios nidos de perdiz.

ESTEBAN: *(Malicioso.)* Pues yo creo que andabais bien organizados. *(A Trínculo.)* ¿No te parece? Y ¿qué hacía Próspero entonces?

CALIBÁN: Yo qué sé. Andaba todo el día entre sus libros, que yo creo que son de magia negra, por la cara que sacaba y las cosas que decía cuando salía de ellos.

TRÍNCULO: *(Impaciente.)* Pero, ¿se puede saber qué decía?

CALIBÁN: *(Otro trago.)* Cosas como que se puede sacar el sustento de la naturaleza sin causarle daño alguno. Hablaba -y habla- de ella como de una diosa. Que tiene poderes. Que si la maltratas, ella se enoja contigo. Que te devuelve réditos con sólo observarla. Sólo os diré que en una ocasión hasta le vi curar a un halcón herido y volverlo a soltar en el lugar donde lo había encontrado. *(Cambiando de tono y señalando el pellejo de vino.)* Oídme, esto se acaba.

ESTEBAN: Valiente estúpido este Próspero. En verdad está preso de algún encantamiento. Sólo puede hablar así quien únicamente se alimenta del aire. Pero sigue, que habrá luego vino de sobra para ti.

CALIBÁN: Es exactamente como dices: aire. Sé que habla con un tal Ariel. Yo no le he visto, pero mismamente parece que lo tiene delante de sí. Pone los ojos en blanco y se enfada con él como conmigo.

TRÍNCULO: Y dinos, Calibancito, ¿dirías tú que ha prosperado el tal Próspero con sus artes?

CALIBÁN: Y de qué manera. Ya os he dicho que es el rey de esta isla. A mí me tiene todo el día trae leña, trae agua, riega los huertos, recoge castañas, pasa unos higos, pisa las uvas, aventa el grano, teje una cesta, pide prestada un poco de miel a las abejas, guisa aceitunas, cuaja el queso...

ESTEBAN: *(Cortándole en seco.)* ¡Ya, ya, ya, ya... ! Lo que Trínculo quiere decirte es que si atesora riquezas. *(A Trínculo.)* Este es el ser más tonto que jamás haya visto.

CALIBÁN: Yo no las he visto, porque no me deja entrar en su cabaña de madera; pero así debe de ser, porque se dice el hombre más rico de este mundo. *(Poniendo el pellejo boca abajo.)* Esto se ha acabado.

TRÍNCULO: *(Mirando maliciosamente a Esteban.)* Pues algo habrá que hacer con “esto”. ¿No te parece, compañero?

ESTEBAN: Sin duda, compañero. *(A Calibán.)* ¿Tú tendrías a bien decirnos dónde se encuentra la cabaña de Próspero? ¡Ah! y por el vino no pierdas cuidado, que te daremos tanto que volverás a ver a tu mismísima madre.

CALIBÁN: *(Desconfiando un poco y extremadamente aturdido por la bebida.)* No me creo lo de mi madre. *(Duda.)* Pero... si me dais más de este espíritu que me alegra el alma, yo os llevaré a la morada donde mora mi dueño.

TRÍNCULO: Cuenta con ello.

CALIBÁN: Y, una vez allí, le mataréis. No hay cosa que yo desee más.

ESTEBAN: Cuenta con ello. Y tú serás en adelante el rey y señor de esta isla. Y podrás holgar y hacer a tu antojo todas esas cosas que nos contabas hace un momento. *(Sacando otro pellejo de vino.)* Pero, bebe, bebe.

TRÍNCULO: Bebamos todos y brindemos por Calibán.

TRÍNCULO, ESTEBAN y CALIBÁN: ¡Viva el rey Calibán! ¡Viva!

Ríen escandalosamente. Con la jarana, Esteban se arranca con una coplilla dedicada a Calibán.

ESTEBAN: *(Canta un fandango.)*

De amigo
yo te viá tratar de amigo
no eres un hombre cualquiera
yo te viá llevar conmigo
pa' que me enseñes tu tierra
y hablar señores con tino.

Calibán también se anima por fandangos.

CALIBÁN:

La tierra
pa' qué me hablas de la tierra
si tú no vienes del campo
vienes por la carretera
allí no hay siega ni grano
ni tampoco sementera.

Se jalean los tres y va haciéndose el oscuro mientras siguen abrazados y riendo a carcajadas.

ACTO IV

VERANO

ESCENA I

FERNANDO, MIRANDA, ARIEL, PRÓSPERO

Entra Fernando cargado con un haz de leña. Entran Próspero y Ariel, que permanecen en la parte posterior de la escena sin ser vistos. Vuelve a sonar la misma música del primer acto.

FERNANDO:

Abrevie el mar el viento en su cordura
de las naves por mi alma desbocadas.
No haya por mi pecho más aire, flama
que aquel de respirar de amor en fuga.

Codicie el loco Ariel mi boca muda
por no poder nombrarte y nazca llaga
en su aliento de perro sin carnada
envidioso como dios de tu dulzura.

Olvide mi padre reino y dineros
de Nápoles yo prefiero la danza
de tus manos bailando por mis besos.

Olvide tu padre magia y venganzas,
tempestades, furias y quede preso
como mi cuerpo entero en esta brasa.

Y no habrá más pobreza que habite nuestra casa
que siendo uno siempre: tu Fernando y yo Miranda.

Entra Miranda.

MIRANDA: *(Ayudándole a descargar la leña.)* Suelta aquí este peso. Deja que te ayude. Siéntate, amo mío. No te tortures más.

FERNANDO: *(Sentándose junto a ella.)* Con gusto llevo este peso. Desaparece el dolor con sólo mirarte. Cargaré y volveré a cargar mis espaldas. Repetiré una y mil veces los trabajos de Sísifo con tal de imaginar una vida a tu lado.

MIRANDA: Sea como dices, amado Fernando. Nos casaremos inmediatamente, pues tuya soy para el resto de mis días. Puedes repudiarme si así lo deseas; pero has de saber que, aunque quede sola, nadie habitará entre las paredes de mi corazón desde este mismo instante.

FERNANDO: ¿Serías mi esposa? *(Miranda asiente.)* Te haré reina entonces. Una reina sin corona de diamantes, pero con el siervo más fiel que jamás hubo sobre la faz de la Tierra.

MIRANDA: Nada necesito si dispongo del cofre donde guardas tus besos. Hablaré con mi padre hoy mismo. Nos casará sin demora y trabajaremos la tierra.

FERNANDO: *(Cogiéndole las manos a Miranda.)* Bendita labranza será aquella de acariciar la besana de tu cuerpo.

Se quedan ambos inmóviles, como hechizados.

PRÓSPERO: *(A Ariel.)* En verdad parece sincero este amor que se profesan.

ARIEL: A mí lo que me sorprende sobremanera es lo bien que se ha adaptado al trabajo del campo.

PRÓSPERO: El trabajo dignifica. Y la correntía del amor es tan fiera que mueve la más pesada rueda de molino.

ARIEL: Pues tengo el convencimiento de que deberías darles tu bendición.

PRÓSPERO: Hablas con sabiduría, estimado Ariel. Me has servido bien todos estos años. El día de tu liberación está más cerca de lo que crees. Anda, despiértales de su ensoñación.

Ariel se acerca a ellos, que siguen cogidos de la mano, y les sopla un suave viento sobre los oídos.

MIRANDA: Padre, no te habíamos sentido llegar.

PRÓSPERO: Vengo a cubriros con mi bendición.

FERNANDO: Bendito sea por siempre el que dio vida a mi vida. Bienaventurado Fernando, que a poco de perder a su padre, encuentra mujer y padre verdadero en Miranda y Próspero.

MIRANDA: *(A Próspero.)* Tu generosidad es infinita. Y se verá recompensada por el cuidado que siempre profesaremos a tus canas.

PRÓSPERO: Ya tengo suficiente recompensa con haber vivido para veros. En cuanto a tu padre, *(A Fernando.)* quisiera decirte que alimenté durante años la alimaña de la venganza. *(Fernando le mira incrédulo.)* Que creció y creció hasta convertirse en monstruo execrable. Pero debo confesar que, llegada esta hora, parece convertirse en minúsculo ser exánime en mi pecho. Y que, cosa de magia parece, lo mismo que disfruto viendo crecer lentamente la hierba, ahora sólo deseo ver crecer los frutos de vuestras semillas. Tornose verano lo que invierno todo me parecía. Así que, tiempo es de recoger las mieses y olvidarse de pedrizos y tormentas.

FERNANDO: No sabes de qué modo me halagan tus palabras.

PRÓSPERO: Por ahora sólo puedo decirte que no pierdas la esperanza de volver a ver a tu padre. *(Fernando se va hacia él intentando hablar.)* Pero no digas nada. Todo se sabrá a su tiempo antes de que acabe esta jornada. Marchaos los dos y sigamos bebiendo de la melaza de este sueño.

Fernando y Miranda se van.

ARIEL: Voy de sorpresa en sorpresa, mi señor. ¿Qué quieres que haga ahora por ti? Habla y tus órdenes se cumplirán debidamente en un verbo.

PRÓSPERO: Tienes que encontrar al rey de Nápoles y a todo su séquito. Llévalos cerca de mi cabaña y prepáales un banquete. Ha llegado la hora de llevar a cabo la obra que yo mismo me encomendé el día primero que llegué a esta isla.

Oscuro.

ESCENA II

ALONSO, GONZALO, ANTONIO, SEBASTIÁN, ARIEL

Cuando Alonso, Gonzalo, Antonio y Sebastián entran en escena, se encuentran un banquete, dispuesto junto a la cabaña de Próspero. Ariel entra tras ellos -él ha sido quien les ha dirigido hasta allí- y se sitúa a un lado de la escena sin ser visto. Suena una música de violín.

ANTONIO: *(Que viene a la cabeza del grupo.)* Mirad, una cabaña. Parece que la música que llevamos largo rato oyendo sale como vaho de sus adentros.

SEBASTIÁN: Hasta los tuétanos la llevo yo metida y ya empieza a fastidiarme. ¿Cuántas millas llevamos persiguiendo a este fantasma, a este espíritu del viento?

Ariel se ríe a carcajadas.

GONZALO: ¿Cómo? ¿Alguien se ríe? Debe de ser el músico encantador que nos ha traído hasta aquí.

ALONSO: *(Abatido.)* Música de réquiem es para mí.

Se calla Ariel y cesa la música.

SEBASTIÁN: Al fin se calló el maldito instrumento. El ejecutor se ha ejecutado a sí mismo tragándose todas sus notas.

ANTONIO: *(A Sebastián.)* Calla, no seas malasombra. *(Descubriendo el banquete. A todos.)* ¡Mirad! Nuestro intérprete nos agasaja con estas viandas. Ya se me había olvidado el sabroso olor de la comida.

SEBASTIÁN: *(Irónico.)* ¿Vas a despreciar ahora las nutricias y rancias raíces que hemos estado comiendo?

ALONSO: Todo para vosotros. Tengo el estómago lleno de dolor. No me cabe una sola cucharada más.

GONZALO: Apacigua tu ánimo, monseñor. Quizás todo esto sea una señal.

ALONSO: ¿Señal de qué? ¿De que nos consuelan con avituallamiento para entrar repletos en el Hades? ¿Señal de nuestra Última Cena? ¿Serás tú mi Judas? No beberé de las aguas del Leteo.

GONZALO: *(Con paciencia.)* Señal de que vuestro hijo anda cerca. Tengo ese palpito. Sólo alguien de la gracia y la delicadeza de Fernando puede estar detrás de esta mesa tan bien dispuesta.

SEBASTIÁN: *(Agarrando por el brazo a Antonio y sentándolo a la mesa junto a él.)* Estemos nosotros también dispuestos a dar cuenta de esta pitanza.

ANTONIO: Eso digo yo. *(Cogiendo comida del plato con las manos.)* ¡Fuera penas y dentro manjares!

Se van sentando. Primero Gonzalo y después Alonso, con pesadumbre. Silencio.

ARIEL: La urdimbre de mi amo empieza a dar sus frutos. Ya tengo a todos estos a tiro. Iré volando a avisar a Próspero. Nada le alegrará más que ver cumplidos sus deseos.

Sale Ariel. Oscuro.

ESCENA III

CALIBÁN, TRÍNCULO, ESTEBAN, ARIEL

Entra Calibán y, tras él, Trínculo y Esteban.

CALIBÁN: ¡Daos prisa! Ahí tenéis la cabaña de mi señor y verdugo. ¡Rápido! Habéis de entrar ahora mismo. Seguro que está durmiendo.

ESTEBAN: *(Todavía borracho.)* ¡Chisss! *(Riéndose y tambaleándose.)* Silencio, Trínculo. Despertarás al dueño de este... palacio.

TRÍNCULO: Raro es que no se haya despertado todavía. Será sordo como las víboras y no tendrá olfato como las lombrices. De otro modo ya habría tenido noticias tuyas a cien millas de distancia.

CALIBÁN: *(Muy nervioso.)* ¡Vamos, vamos! Acabad de una vez. Clavadle un cuchillo en el pecho en seguida o nos matará si nos descubre.

Entra Ariel y se coloca detrás de Trínculo.

ARIEL: *(Por Trínculo, a Esteban.)* Yo sí quiero entrar, pero este bobo, a lo que se ve, está tan repleto de miedo como de vino.

ESTEBAN: Pero, ¿qué dices? ¿Yo, miedo? ¿Yo, vino? Si apenas lo he probado.

ARIEL: *(Por Trínculo, a Esteban)* ¡Venga ya! si estás temblando como una tortolita.

ESTEBAN: Sin insultar, ¿eh? *(Se va para Trínculo amenazando con el dedo. Casi se cae.)* Sin insultar.

CALIBÁN: *(Perdiendo la paciencia.)* Señores, ¡por favor!

Ariel se cambia de lado y se pone detrás de Esteban.

TRÍNCULO: Pero, ¿qué haces? Si yo no he dicho nada.

ARIEL: *(Por Esteban, a Trínculo.)* Has dicho que olía a bosta de caballo.

TRÍNCULO: ¡Hombre... ! Tus ropas no es que estén colgadas de un galán de noche precisamente.

CALIBÁN: ¿Qué os pasa? ¿Habéis olvidado el motivo de nuestra empresa? No vuelvo a probar de vuestro mejunje.

ARIEL: *(Por Esteban, a Trínculo.)* Y tú, ¿qué? Se cree muy “grasioso” el bufón de la Corte. Vas a ver ahora mismo la “grasa” de mis puños.

Ariel se aparta dos pasos y empieza a reírse a carcajadas.

TRÍNCULO: Además de amenazarme e insultarme ¿te ríes de mí?

ESTEBAN: Pero, ¿qué estás diciendo? *(Enseñando los puños.)* ¿Tú crees que esto es motivo de risa? Pues probarás en carne propia de tu misma medicina.

Trínculo sale de escena corriendo y Esteban le persigue.

TRÍNCULO: *(Se oye su voz a lo lejos.)* Estebita, que te pierdes, ¡Estebitaa...!

Se oye un trueno.

CALIBÁN: Nada que hacer. Esto me pasa por confiar en quien no debo. Ahora, vuelta a traer leña para el fuego y a aguantar a Próspero y a la niña melindrosa. *(Abatido.)* Maldita sea mi suerte.

ARIEL: *(Con voz de ultratumba.)* No desesperes, Calibancito. Aquí tampoco te va tan mal. Voy a avisar al amo de tu regreso.

CALIBÁN: *(Al público.)* Lo que me faltaba. Encima empiezo a creer de nuevo que me hablan los vientos. Maldita sea mi suerte...

Sale Calibán de escena. Oscuro.

ESCENA IV

PRÓSPERO, ARIEL, ALONSO, GONZALO, SEBASTIÁN, ANTONIO, MIRANDA, FERNANDO.

Próspero entra en escena y se encuentra a Gonzalo, Alonso, Antonio y Sebastián bailando una extraña danza, como hechizados. Suena una pavana lenta para acompañar el baile.

PRÓSPERO: *(Introduciéndose en el círculo que forman los danzantes.)* Mudable es la conciencia de los hombres como la piel de las serpientes. Una eternidad llevo esperando este momento. Confieso que Atis, la diosa de la venganza, me ha invitado a bailar todos estos años. Que me deje seducir por su música y le prometí matrimonio eterno. Al fin hoy es llegado el día de la consumación. Yo he sido el artífice, con la ayuda de Ariel y de la magia negra aprendida en los libros que traje de Milán, de teneros ahora bajo los designios de mi albedrío. *(Los danzantes se giran y dan la espalda a Próspero. Tendrán cerrados los ojos. Aunque siguen bailando, en adelante, en el momento en que vaya hablando de cada uno de ellos, estarán situados en el proscenio, dando la cara al público.)* Tú, Antonio, que te llamabas mi hermano, el más felón entre los Felones, el que arrancó de su propia carne el ducado que por ley me pertenecía, mírate como el culpable de todas las desgracias que os han sobrevenido. *(Pasa Alonso a proscenio.)* Tú, Alonso, rey de Nápoles, al que juré lealtad sincera, consentidor de mi desgracia, mírate como el responsable de la que crees muerte de tu hijo. *(Pasa Sebastián al proscenio.)* Tú, Sebastián, su hermano, que has seguido la senda que te trazó Antonio para caer en su misma vileza, mírate como el traidor más deleznable ante las leyes que Fraternidad obliga. *(Pasa Gonzalo a proscenio.)* Y tú, Gonzalo... *(Entra Ariel y duda un instante.)* Y tú, Gonzalo, el que nos procuró ropas, enseres, comida y libros a mi hija y a mí para emprender el destierro... Mírate... *(Pausa.)* como el súbdito coronado de mayor nobleza del reino. Nada tengo contra ti... *(Pausa. Se detiene la música y el baile.)*

ARIEL: ¿Qué ocurre, monseñor? ¿Por qué os detenéis? ¿No era esto lo que queríais?

PRÓSPERO: *(Saliéndose del círculo.)* Sí, querido Ariel. Pero llegado el momento ansiado, la duda de la compasión culebrea por mi cuerpo. Digamos que Atis me acusará de infidelidad.

ARIEL: Me cuesta creerlos.

PRÓSPERO: Yo tampoco me creo a mí mismo. Anda, despiértales. Y asegúrate de que hayan oído todo lo que he dicho. Tengo algo que contarles.

ARIEL: En su cabeza permanecerán tus palabras hasta el final de sus días.

Ariel levanta los brazos, mueve el aire y salen todos de su encantamiento como de un sueño. Permanecerán un poco aturridos y avergonzados ante las palabras de Próspero.

PRÓSPERO: ¡Señores! Sed bienvenidos a esta llana morada.

TODOS: *(Con una reverencia, al unísono.)* Señor.

PRÓSPERO: *(Grandilocuente.)* Quiero que recordéis esta jornada como la más brillante de vuestras vidas. Porque reniego ante todos vosotros de la negrura de mi magia. Porque después de la tempestad, al fin ha venido la paz a guarecerse en mi pecho. Hasta el día de hoy siempre pensé que la venganza es dulce. Incluso diría que roza la belleza, pero, *más bello me parece ahora el perdón que la venganza.* Y no sé a qué instinto obedecen tales mudanzas. Acaso el amor de Miranda y Fernando haya reblandecido esta vieja corteza.

ALONSO: ¿Fernando decís? ¿Está aún vivo?

Entran Fernando y Miranda.

PRÓSPERO: Ahí tenéis la prueba.

ALONSO: *(Abrazando a su hijo.)* ¡Hijo!

FERNANDO: ¡Padre mío! ¡Qué alegría volver a saber de vos! ¡Qué tornadiza se vuelve Fortuna cuando mueve sus hilos! Tengo tantas cosas que contaros...

ALONSO: Ya habrá tiempo. Pensé que jamás volvería a verte. Si este señor (*A Próspero.*) tiene algo que ver en nuestro encuentro, nunca viviré lo bastante para devolver esta prenda.

PRÓSPERO: Este señor responde al nombre de Próspero, (*Todos se quedan sorprendidos.*) el que repudiasteis, el desterrado de su propia tierra, el que ahora es dueño de vuestro destino.

MIRANDA: Padre, tenemos algo que deciros.

ALONSO: ¿Quién es esta bella criatura?

FERNANDO: Miranda es, mi prometida.

ALONSO: ¡Oh, Fortuna dichosa! Que en la misma jornada me arrebatas un hijo y me devuelves dos. Ganador he salido en el trueque.

FERNANDO: Padre, tenemos algo que deciros.

PRÓSPERO: Y ¿qué es ello? Hablad, hijos míos.

MIRANDA: Hemos pensado desposarnos mañana mismo. Y venimos a pedirlos la bendición.

FERNANDO: También a vos, padre mío. Y puesto que los Hados han querido que coincidan en este mismo lugar los padres de ambos, justo es que recibamos bendición y permiso para nuestros propósitos.

ALONSO: (*Buscando primero la conformidad de Próspero.*) Que sí decimos a lo primero. Veamos de qué trata lo segundo.

MIRANDA: Pues hemos pensado quedarnos a vivir para siempre en esta isla.

FERNANDO: Renunciar a las riquezas que nos esperan en Nápoles y Milán y alimentarnos de los frutos que el amor y esta tierra nos proporcionen.

ALONSO: Pero...

PRÓSPERO: *(Interrumpiéndole.)* Dejadme, Alonso; que a mí me toca hablar en este trance. *(Buscando primero la conformidad de Alonso.)* Tenéis mi... nuestro permiso. Nos alegramos por los dos. Mañana mismo celebraremos las bodas. Ariel, busca a Calibán y disponlo todo. Tranquilízale, que andará corriendo asustado por la isla, cargado con el pesado haz de su arrepentimiento. Después de las nupcias, partiréis todos hacia vuestra tierra.

GONZALO: Pero, señor...

PRÓSPERO: No os apuréis, noble Gonzalo, vuestras naves no han sufrido daño alguno y esperan bien aparejadas en la playa, dispuestas para soltar amarras con la primera marea.

ANTONIO: ¿Entonces?

PRÓSPERO: Si vuestros entonces se refieren a cuál es mi decisión con respecto al ducado de Milán, debo deciros que no habéis de temer por Abel, que renuncia a su derecho, por muy cainita que haya sido vuestro proceder. *(Antonio echa un paso atrás arrepentido. Sebastián se adelanta y está a punto de hablar, pero Próspero se lo impide.)* En cuanto a vos, Sebastián, sólo deseo que, en adelante, hagáis honor a los mandados fraternales. Que os bañéis plácidamente en los ríos de la honestidad, que bebáis de las fuentes de la humildad y no hagáis caso de los cantos de las náyades.

Sebastián da un paso atrás, también arrepentido.

ALONSO: ¿Y vos? ¿Qué haréis?

PRÓSPERO: Escuchad todos lo que tengo que deciros, porque hasta el día de hoy jamás pensé que alcanzaría tal nitidez de juicio. Vine a esta isla cargado de rencor y huyendo de la podredumbre de los hombres. Aquí hallé la templanza de ánimo, la riqueza y el beneplácito de la Naturaleza. Natura me dio lo que nunca encontré en los cofres de los palacios: el tesoro de la Tierra, que satisface más plenamente que cualquier alhaja imaginable. Y cuidaré de ella del mismo modo que yo he sido cuidado. En esta cruzada quemaré todos mis estandartes hasta el día de mi muerte. Y ¡ay de aquel que osare profanar este Jerusalén reconquistado! Recordad esto, porque no soy yo, sino Minerva y Gea las que hablan por mi boca. *(A sus hijos.)* Soy el ser más feliz del mundo por vuestra determinación. Envejeceré en este lugar junto a mis hijos. Nunca hubo un hombre más bien hallado. *(A Ariel.)* Querido Ariel, me has servido bien, así que justo es que te dé tu tan deseada libertad. Vete en paz. Vuela libre a agitar las copas de los árboles y las plumas de los pájaros. *(Al público.)* *Estamos hechos de la misma sustancia con la que se trenzan los sueños, y nuestra breve vida culmina en un dormir. (Pausa.)* ¡Sea! ¡Soñemos pues, mientras estemos vivos!

Oscuro.

Telón.

Marino González Montero (Almaraz, Cáceres, 1963) es profesor de secundaria en Mérida. Fundador de la revista de creación *La Luna de Mérida*, ha sido finalista en el Premio Setenil al mejor libro de relatos publicado en 2004 con su libro *En dos tiempos* (de la luna libros). También ha publicado *Tangos extremeños* (de la luna libros, 2006) y los libros de cuentos *Sedah Street* (lf ediciones, 2007), *Diarios Miedos y Sed* (de la luna libros, 2009 y 2011). Es co-autor del libro *Puentes de Extremadura* y de la edición ilustrada de *La vida del Lazarillo de Tormes* (de la luna libros, 2004 y 2005). Tiene en prensa el libro de poemas *Incógnita del tiempo y la velocidad* (de la luna libros, 2014).

THE TEMPEST SE ACABÓ DE
IMPRIMIR EL TRES DE DICIEMBRE DE
DOS MIL TRECE EN ARTES GRÁFICAS
REJAS SIENDO LA IMPRESORA
MANOLI MARTÍNEZ. SE UTILIZARON
CARACTERES BOOKMAN OLD STYLE.